

ban con un Rey á la cabeza, y reconocian el único egercicio de la religion católica como una de las leyes fundamentales. ¿Qué se podia esperar de gentes que estraviaban á tal punto la opinion y de una muchedumbre tan susceptible de ser fascinada por estos viles medios?

Las facciones se presentaron al principio bastante numerosas; mas su falta de instruccion y disciplina no las permitia medirse ventajosamente con nuestros soldados nacionales. En cuantos encuentros tuvieron con los últimos, fueron vencidas, rotas, dispersadas; mas la naturaleza de la guerra, su conocimiento del pais, su misma organizacion hacian que echados y dispersados en un punto, se presentaban al instante en otro diferente. Sucedia entonces lo que ahora, lo que en todas las guerras de esta especie, en que unos tienen á su favor el saber, la disciplina y el valor que inspiran estas sólidas ventajas, y los otros el conocimiento del pais, el mayor número, y sobre todo su propio fanatismo.

El alzamiento de los facciosos verificado de una manera tan séria en la primavera del año de 1821, era un acontecimiento lamentable en sí, y de una influencia mas funesta todavía por las ideas que anunciaba claramente, y las pasiones que en diversos sentidos producía. Cuando se fijaba un poco la atencion en la clase de los medios que asistían á los agitadores de estas turbulencias, cuando se reflexionaba que las mismas leyes no podían refrenar ni aun someter á su inspeccion las artes y maquinaciones con que seducían los malvados á la muchedumbre, cuando se sabia que todo esto se ejecutaba con la aprobacion y las instigaciones del alto personaje que estaba á la cabeza del Estado, no podían menos de consternarse los ánimos que propendían á mirar con interes la causa constitucional, mas que se veían amenazados de una tempestad, que no se creían con fuerza para conjurar en la situacion tan apurada que se les ofrecía.

Así una porcion considerable de españoles verdaderamente adictos á la causa constitucional, se contentaron desde entonces con simplemente no infringir la ley sin avanzar un punto mas, ó tal vez demostrar opiniones y declararse en secreto por una causa que tal vez en su cora-



zon miraban con extrema repugnancia. El temor hizo en unos lo que el espíritu de intriga ó de traicion influyó en otros. Eran demasiado grandes los medios de vencer, con que se presentaba á sus ojos la causa del absolutismo, para que no temblasen á la idea de llegar á ser un dia objeto de sus resentimientos. Naturalmente se comenzaron á echar cuentas sobre un porvenir que á muchos parecia muy claro, y los medios de salir mas ó menos airosos de sus compromisos, de incurrir lo menos posible en el resentimiento, ó de congraciarse á los que iban á mandar un dia, entró en el número de las combinaciones que se hicieron en aquella época.

La Santa Alianza ya se habia pronunciado de una manera mas esplicita. Con motivo de la epidemia experimentada por aquel tiempo en Barcelona, se apresuró el gobierno frances á establecer con el titulo de cordon sanitario un cuerpo de ejército en los Pirineos. Todo el mundo sabe lo que este cordon significaba. Para nadie era un misterio la proteccion y los auxilios de todo género que prestaban á los facciosos que tenia tan cercanos. Su sola presencia en aquellos puntos fronterizos bastaba para alentar á los malvados, y á dar toda la importancia á los medios formidables que les asistian. La Gaceta de Francia, la Cotidiana, la Bandera Blanca, y los demas papeles públicos que en Francia eran órgano de los principios y pretensiones de aquel gabinete, comenzaron á deshacerse en elogios de los que comenzaban á denominarse soldados de la fe, y anunciaban como defensores del altar y el trono. ¿Quién podia desconocer lo que significaba este lenguaje? ¿Cómo podia ocultarse á la penetracion del menos observador la alianza estrecha que existia entre el gobierno de nuestros vecinos, y los que dentro de nuestra misma casa hacian la guerra á nuestras libertades? Y si dicho gobierno, que administrando al fin dentro de los limites de una carta buena ó mala, manifestaba tanta hostilidad, ¿qué se debia pensar de los otros soberanos de la Santa Alianza que no conocian traba alguna á sus supremas voluntades?

Dentro de nuestra propia casa, aunque en el público nadie se atrevia á defender la causa del absolutismo, aunque en la Imprenta periodística ó de otra clase no se consigna-



ban principios subversivos de nuestras libertades, se comenzaba á emitir doctrinas, á propalar ideas que sin atacar de frente lo que antes existia, tiraban á trastornar creencias políticas que eran su mas firme salvaguardia. Con pretexto de examinar filosóficamente la Constitucion, y de someterla á las leyes de la crítica, se presentaba con colores sombríos su tendencia democrática, la unidad de su cámara legislativa, la restriccion en el ejercicio del veto, la ninguna libertad que tenia el Rey de disolver las Córtes, y otras mas doctrinas que si bien son controvertibles producian entonces un efecto pernicioso. La comparacion que se hacia entonces de la Constitucion española con la Carta francesa, la preferéncia que se daba á esta sin rebozo sobre la primera, y el obstinado empeño que ya entonces se manifestaba de achacar nuestros males políticos á sus excesos, conmovian los ánimos de los incautos, alteraban la fe política, cuya conservacion era entonces necesaria, é introducian sobre la utilidad y conveniencias de una modificacion las opiniones, tal vez los deseos que nos fueron en seguida tan funestos. La libertad de Imprenta autorizaba sin duda tan funestas discusiones; era uno de los casos lamentables, en que la ley presta armas tal vez contra ella misma. Nada podia en efecto ser mas perjudicial á nuestra causa que fomentar una escision, cuando los principios y fe política de los liberales debian presentar la masa mas compacta. No habia llegado todavía el tiempo prefijado para hacer cambios en la Constitucion; ningun poder existia en el Estado que pudiese tomar sobre sí la iniciativa sobre una materia tan interesante en aquellas circunstancias. Con la Constitucion buena ó mala teníamos que marchar un largo período de tiempo: no era entonces la cuestion de analizar, de hacer como tarios sobre sus defectos, y si de reunirse en su derredor, con el fin de conservar el derecho y la independéncia suficiente para hacer en ella las innovaciones que la experiencia presentaba como necesarias. No se penetraron de esta verdad tan importante, y cayeron en el lazo que les armaban los que no atreviéndose á hacer guerra á la Constitucion con ataques directos, trabajaban á la capa y preparaban poco á poco su descrédito. Para hallar defectos en la Constitucion como en toda insti-



tución humana, no se necesitaba ser un lince; mas para penetrarse de la necesidad de conservar la nuestra intacta, eran precisos mejor sentido y mas fuerza de carácter, del que por desgracia hicieron muestra los que entonces se preciaban de tan indagadores y sagaces.

Todas estas consideraciones son del todo indispensables para explicar de un modo claro los hechos de aquella época tan desgraciada, para egercer debidamente aquella justicia retributiva que á cada uno se le debe. Notorios son los datos que nos los suministran: presentes estan todavía á los recuerdos los papeles públicos que se empeñaban entonces en tan estrañas discusiones. Sabidos son aun los motivos que animaban á sus redactores, y como el empeño de querer hacer pasar á los ojos del público como un acto indiferente lo que no habia sido antes mas que una infidencia, aspiraba entonces á derribar por cualquier medio unas instituciones, cuya existencia sola humillaba entonces su amor propio. No olvidaron en efecto los hombres la influencia que sus pretensiones tuvieron en nuestros destinos nacionales, y nosotros no las recordáramos ahora, si no hubiesen sido una de las primeras figuras de este cuadro que tan rápidamente recorremos.

El nuevo gobierno entró en funciones; y como hemos dicho anteriormente, sin ser objeto marcado de animadversion, tampoco inspiró en su totalidad la confianza de los tan vitalmente interesados en la conservacion de lo que entonces existia. No era en sus individuos una falta el no tener por los antecedentes de su vida pública iguales compromisos que sus autecesores; pero era un grave mal el que á los ojos del público pudiesen presentarse rodeados de menores peligros personales, en caso de verificarse una catástrofe. Toda cosa enteramente nueva necesita hombres enteramente identificados con aquellas novedades. Es preciso para que la confianza pública descansa sobre las personas que estan al frente de los negocios públicos, que por actos ó manifestaciones de otro género no puedan estas volverse atras, ni desmentirse sin esponerse á las venganzas que arrastran consigo todas las restauraciones. El Ministerio de entonces no se hallaba seguramente en dichas circunstancias. Ninguno de sus individuos habia figurado





entre los innovadores políticos que se habian hecho tan famosos: ninguno habia sido objeto de persecuciones de mas probidad, á resultas de la caida de la Constitucion en el año de 1814. Hombres de mérito considerados absolutamente, rodeado cada uno de aquella respectabilidad individual que merecia en su profesion ó rango peculiar, no podian ser por las razones obvias que dejamos indicadas los Ministros constitucionales en aquella situacion tan critica.

Las Córtes por los sentimientos y carácter que habian manifestado en la anterior legislatura, por el silencio que habian observado al dar principio á la segunda, no podian ser tampoco esta áncora de esperanza, este puerto de salvacion donde se fijasen con toda seguridad los ojos de los liberales decididos. Pocos cuerpos representativos y deliberantes pueden haber contado en su seno hombres mas sábios, mas desinteresados, dotados de mas conocido patriotismo. Mas tampoco bastaban en aquel desquicio que á observarse comenzaba, las eminentes cualidades que hubieran sido tan interesantes y útiles á la Nacion en tiempos mas tranquilos. Se necesitaba entonces mas que de dar leyes, hacer reformas administrativas, y vigilar que se cumpliese literalmente el texto de la ley, que habia sido ya infringida abiertamente. Era posible ya su régimen en circunstancias, en que solo otro trastorno podia sino conservar su texto, dejar al menos vivo su espíritu y objeto. Era grande la crisis como ya hemos dicho, era quizá correr á los peligros mas insignes tratar de salir de esta senda prefijada. Mas con tan dura condicion viven las revoluciones; por no querer sufrir tan dura ley, se inutilizó la nuestra.

Asi cuando se considera por una parte que el estandarte de la guerra civil estaba levantado en las provincias del norte, que la Francia habia reunido un cuerpo de ejército para apoyar sus pretensiones, que la Santa Alianza habia sofocado con sus armas la revolucion de Nápoles, que escritos dentro del reino se complacian en presentar los defectos de esta Constitucion, y conmover la fe politica de los constitucionales imprudentes, que en la opinion general pasaba el Monarca por gefe de este partido formidable, y que la ley estaba ya infringida; cuando se atiende por la



otra á que el Ministerio no presentaba garantías por sus anteriores compromisos, á que las Córtes seguian tranquilamente sus trabajos, sin darse al parecer por entendidas de la crisis en que nos hallábamos, y en fin á que se queria marchar por un sendero que era ya imposible, nos admiraremos de como duró tanto el régimen constitucional combatido por tantos enemigos, y de cómo el poder que le trastornó dos años y medio, despues no supo aprovecharse mas hábilmente de todas sus ventajas. Mas ya veremos como era tan tímido como mal intencionado, y que se debió á sus mismas faltas, que el espíritu público le hubiese puesto obstáculos por entonces, y que por fin cedieron á combates mas terribles.

Solo con observar lo que pasaba entonces y la falta de unidad que se verificaba en los principios directores del cuerpo del Estado, es fácil de inferir que los liberales mismos no podian formar un cuerpo sólido y compacto. Sin gefe, sin bandera, sin verdadera direccion, abandonados en cierto modo al torrente de las circunstancias, no podian menos de presentar un todo heterogéneo. Cada uno comenzó á ver las cosas de distinto modo, y formar de ellas las opiniones que estaban mas en armonia con su carácter personal, sus antecedentes ó sus intereses peculiares. En diverso sentido comenzaron á manifestarse las pasiones escitadas naturalmente por motivos muy diversos relativas á la condicion, al puesto social, á la diversa índole de cada uno. En unos vivia la confianza de llevar adelante el sistema constitucional, á pesar de la incompatibilidad que existia en él y el gefe del Estado, y de atraer todavia á nuevo orden de cosas al partido servil en medio de las manifestaciones tan claras de sus verdaderos sentimientos. Otros al contrario comenzaron á abrigar desconfianzas hijas de una situacion tan crítica, y á mirar con suspicacia cuanto emanaba de un poder que no les parecia identificado con los intereses revolucionarios.

La division pues de los liberales en moderados y exaltados se presentó con mas fuertes caracteres en este Ministerio que en el anterior, por motivos obvios hijos de la marcha misma de las cosas. Con caracteres tambien mas fuertes empezó á manifestarse esta diversidad de pareceres, de



sentimientos y opiniones, y como es imposible que en estos momentos de agitacion se analice nada imparcialmente, degeneró en acusaciones mutuas, lo que no podia ser mas de una diversidad de pareceres. Entonces se renovó la de republicanismo, con que el partido exaltado habia sido acusado en el Ministerio antecedente, y se creyó ver en sus escritos, en sus actos, en las acaloradas invectivas con que censuraban la conducta de sus antagonistas, la expresion mas ó menos clara de sus verdaderos sentimientos. Jamás hubo acusacion mas infundada, y de que hubiesen podido presentarse menos pruebas. Nunca el destruir la Constitucion en sentido democrático ó cualquiera otro, entró ni en los proyectos ni en el sistema de los liberales de la clase á que aludimos. Acalorados, desconfiados, suspicaces, descontentos de lo que existia, preveyendo males y funestas consecuencias de una conducta que les parecia equivocada, se contentaban con manifestar estos sentimientos por los medios que estaban en sus manos; pero no estaban bastante acostumbrados á revoluciones, y demasiado poco á la altura de sus circunstancias para concebir planes de semejante importancia, para conducirse de un modo que les facilitase su ejecucion y pensamiento. Muy pocos estaban á la altura de la revolucion, y podian abrazar con la vista todas las figuras de aquel cuadro. Se hablaba, se escribia, se vociferaba, se cantaba, se originaba alguno que otro desórden pasajero, pero verdaderamente fue entre nosotros juego de niños, lo que entre nuestros vecinos habia sido en otros tiempos lucha de gigantes.

La Nacion comenzó desde entonces á presentar un cuadro confuso, desordenado y difícil de observar bien, afuer de extraordinario y complicado. Marchaban los negocios, mas no de un modo uniforme, ni con paso firme: se respetaba hasta cierto punto la ley, mas con la condicion, en la opinion de muchos, de que su letra dañaba muchas veces á su espíritu. Se perseguia en diversos sentidos á los facciosos que se hallaban con las armas en la mano; mas á pesar de que fueron al principio derrotados en todos los encuentros, se veian siempre los amagos de una tempestad que iba á desplomarse sobre el partido adicto á las instituciones existentes.



El orden público fue turbado desde entonces mas de una vez por los liberales mismos. A los ojos de unos eran horribles infracciones de la ley, síntomas mas ó menos claros de los planes subversivos que suponian en los perpetradores de las turbulencias. Para otros eran justas represalias contra los atentados del poder, que pugnaba siempre por amortiguar el espíritu público, y preparar poco á poco los ánimos al nuevo orden de cosas que premeditaba. Sin decidir esta cuestion, y fieles siempre á nuestro plan, de atenernos á simples hechos de todos conocidos, manifestaremos los mas principales que nos parecen de mayor influencia, y que se conservan mas en los recuerdos de cuantos viven en el dia.

Fue el primero de estos disturbios el relativo al asunto de Vinuesa. Preso como se ha dicho desde el principio del mismo año por causa de conspiracion, se hallaba en vísperas de recibir la sentencia de la ley sobre un atentado tan escandaloso. Pasaba en la opinion del público por convicto de este crimen, y por digno en consecuencia del último suplicio. Asi se esperaba que pronunciaría el juez que entendia en dicha causa. La sentencia no correspondió á la expectacion universal, y el castigo, inferior al indicado que se le imponia, pareció un insulto á la magestad de la ley, ó una connivencia con el mismo que á tal punto la habia desconocido. Ocasionó, pues, la publicacion de esta sentencia en los ánimos de muchos una agitacion súbita, instantánea, que produjo repentinamente las mas fatales consecuencias. Sin concierto y en tumulto se dirigieron gentes de la Puerta del Sol á la cárcel donde se hallaba el delincuente. Se sabe demasiado el triste resultado de esta tropelia. Fue la primera sangre derramada al cabo de catorce meses de revolucion: fue la primera víctima sacrificada en la efervescencia de una opinion, de una pasion injusta, si se quiere, mas que era inevitable en aquellas desgraciadas circunstancias.

Ninguno hizo entonces apología de este acto lamentable. ¿Quién se atreveria á defender lo que la razon, lo que la justicia, lo que la misma humanidad condenan tan abiertamente? Lo que en aquella época se dijo, y lo que ahora se repite, es que no fue efecto de un plan premeditado,



que no fue promovido por sugestion aiena, que solo en la cabeza de los perpetradores, y en aquel mismo acto se formó la idea de sacrificar aquella víctima á sus resentimientos. Aislado fue aquel acto, pues era muy reciente el motivo que le producía: aislado en efecto, cuando se sabe que solo un hombre fue el sacrificado en aquel momento de furor popular. Un momento despues de haberse inmolado aquella víctima, no hubo en Madrid mas desórden que aquella agitacion hija natural de un acontecimiento tan extraordinario. No podia ser tampoco efecto de lo democrático de la Constitucion aquel acto de violencia, cuando reflexionamos sobre los recientes cometidos en Madrid por el largo período de muchas horas, y en que fueron envueltas tantas víctimas. En todos los gobiernos, en todos los sistemas son raros estos momentos lamentables. El despotismo los produce como el régimen de la libertad, y si bien se examinan los hechos, con muchos mas escesos y frecuencia.

Quedó, pues, circunscrito el disturbio de aquel dia tan solo á un individuo. No se alteró el órden público mas que por unas cuantas horas, sin que en este mismo intermedio se hubiese cometido en cualquier otro sentido la mas pequeña tropelia. Mas iban pronto á ocurrir otros de diverso género, de influencia mas trascendental y mas funesta.

Dió márgen el homicidio de Vinuesa á nuevas acusaciones contra el partido que pasaba entonces por exagerado. A cada paso se hablaba de sus proyectos subversivos, de sus planes de fundar sobre las ruinas de la Constitucion una república. Adquiria crédito esta especie, de que nadie presentaba fundamentos ni razones, y de buena fe llegaron muchos á pensar que no existian enemigos mas fatales de la Constitucion, que los que se suponian partícipes de estos proyectos. Cuanto mas se envolvian en misterios estos cargos, se hacian mas ágrias las acusaciones. La moderacion, siempre exagerada en ver peligros, provocaba mas virulencia en las acusaciones en otro sentido de sus antagonistas. Vivía todo el mundo con disgustos, con ansiedades, con temores. Sin planes, sin concierto, sin principios fijos de conducta, solo el partido servil trabajaba con constan-



cia, y fundaba en las agitaciones públicas sus mas halagüeñas esperanzas.

Cuando estaban los ánimos en mas agitacion, se esparció la noticia de que el general Riego habia sido separado del mando militar, que entonces egercia por implicado en planes y conspiraciones de república. Ni el gobierno de entonces, ni la autoridad local que se presentó con el carácter de su acusador, é interinamente le sucedió en el mando, manifestaron abiertamente que se le destituia por tan grave falta. Mas las circunstancias que acompañaron su separacion, las insinuaciones de que estaban llenos los papeles oficiales que mediaron en el acto, lo que se hacia esparcir en el público sobre este acontecimiento inesperado, todo hacia creer no solamente la existencia de aquellos planes subversivos, sino la complicidad del general depuesto. Tomaron naturalmente sus amigos su defensa, y con este motivo se enconaron mútuamente los ánimos de los que hasta entonces le habian acusado de un modo tan agrio y vehemente. Pasó en concepto de unos aquel general como víctima de la envidia de sus enemigos; aplaudieron otros una medida de rigor como aconsejada por el mismo interés público. Era demasiada la animosidad para que se contentase con producirse en escritos y discursos. Actos positivos fueron sus resultados en la efervescencia de aquellas circunstancias casi inevitables.

Se ha indicado ya la efervescencia que la noticia de la destitucion del general Riego produjo en los ánimos de sus numerosísimos amigos. Tomaron naturalmente su defensa cuantos periódicos estaban en el hábito de censurar las operaciones del gobierno, é hicieron ver que á no mediar un acto criminal cuya existencia era un misterio, habia sido su separacion á lo menos del todo antipolítica. Demostraciones públicas se presentaron para algunos como medios legítimos de un desagravio, que se le debia por los que tomaban su causa con tanto valor como franqueza. En Sevilla y otros puntos se paseó por las calles en ceremonia su retrato, sin que esta circunstancia hubiese ido acompañada de otros actos, que las expresiones de un sentimiento tan natural en tales casos. Se anunciaba la imitacion de este ejemplo en la misma capital, y esto producía aquella





diversidad de sensaciones, hijas de las diversas opiniones en que estaba dividido el público. Lo miraban, pues, unos bajo el aspecto de una perturbacion, de una calamidad que iba á producir las mas funestas consecuencias. Era para otros uno de aquellos actos que, como no prohibidos por las leyes, debia ser permitido á los que con esta manifestacion no trataban de salirse de sus límites. La autoridad no se pronunciaba en favor de ninguno de estos dos diversos pareceres, y asi llegó el dia prefijado para dicha ceremonia, sin que nadie pudiese estar seguro de si tendria ó no efecto.

En toda la mañana no se manifestó indicio alguno de desórden ni disturbio. Ninguna órden se habia dado por la autoridad local relativa á la ceremonia que debia verificarse aquella misma tarde. A las dos de ella, es decir, una hora antes del tiempo prefijado se fijó en las esquinas una órden que la prohibia rigurosamente. Al mismo tiempo se puso la guarnicion sobre las armas. El retrato salió á pesar de esto rodeado de un gentío numeroso. Las tropas situadas en las calles por donde transitaba, no se opusieron á la ceremonia, prueba clara que en ellas habia un sentimiento, que hacia en cierto modo justicia al de aquella manifestacion que se presentaba con un carácter tan inofensivo. Se paseó asi el cuadro por casi todas las calles de la capital, donde no se cometió durante aquella ocurrencia ninguna clase de desórdenes. A la caida de la tarde se dirigió la comitiva á la calle de las Platerías, como su camino á la casa de Villa, donde era su intencion depositar el cuadro. Se verificó entonces un conflicto entre ellos y las tropas de Milicia Nacional allí situadas, y que tenian órden de hacerles resistencia. El altercado fue de brevísimos momentos. Quedó el cuadro en poder de los voluntarios nacionales, y una hora ó dos despues no se manifestaba en la capital el menor indicio de que se hubiese turbado el órden público.

Turbado fue en efecto, pues los que sacaron el cuadro por las calles infringian abiertamente una órden de la autoridad, que absolutamente se lo prohibia. Mas esta autoridad que esperó tanto para pronunciarse, que pudo en tiempo haber impedido semejante manifestacion, si la creia perjudicial y que no la prohibió mas que en el mismo he-



cho de verificarse, ó quiso provocar un conflicto, ó cometió una gravísima imprudencia. Ningun esceso ni efusion de sangre produjo aquella manifestacion, mas segun estaban los ánimos acalorados, pudo haber dado lugar á conflictos lamentables y desórdenes de mas de un género.

Quando se habla de hechos públicos y tan recientes en la memoria de los hombres, no se pueden hacer cargos de parcialidad al que los refiere, aunque no sean desconocidos sus principios y opiniones. Que no se cometió entonces ningun acto de violencia, que nadie temió ni por sus personas ni sus propiedades, que en todos reinó un sentimiento de curiosidad, prescindiendo de aquellas aprensiones hijas del diverso color político que vestian unos y otros, es una verdad que nadie puede revocar en duda. Ni en aquellas manifestaciones ni en otras que se les parecieron, habia mas planes, mas proyectos, mas ideas fijas que dar desahogo á sentimientos del momento. Eran, como se ha dicho en otra ocasion, verdaderos juegos de muchachos, á que daba importancia el carácter asustadizo de los que no estaban familiarizados con los disturbios, inevitables consecuencias de una revolucion, ó la aversion que distingue siempre mútuamente á los que en política adoptan opiniones encontradas. Un poco de prevision, un poco de mas tino ó de mas sagacidad en plegarse al estado y fuerza de las cosas, hubiesen sin duda evitado estos disturbios pasajeros que fueron seguidos de otros semejantes.

Dió márgen este suceso acaecido el 18 de setiembre á nuevas acriminaciones y apologías por una y otra parte de los dos partidos de los liberales. Se produjeron con nueva acrimonia las acusaciones de republicanismó, de espíritu subversivo y desorganizador que animaba á los que pasaban por ultra liberales, y se hicieron nuevas insinuaciones de que eran dimanados de los defectos de la Constitucion aquellos escesos lamentables. Atacaban sus antagonistas con nueva virulencia la conducta del poder que por sus imprudencias escitaba pasiones peligrosas, y que por no manifestarse abiertamente sobre ciertas medidas, se presentaba, ó como enemigo de los hombres mas comprometidos por la libertad, ó tal vez en connivencia oculta con los que trabajaban por destruir en un todo aquel sistema.